El Método de Discernimiento de los Discípulos Misioneros de Jesucristo en Aparecida

José Luis Fernández de Valderrama, MSpS

1. Introducción

El método ver-juzgar-actuar surge, como ya conocemos todos, a mediados del siglo XX en los ambientes de la acción católica europea y rápidamente adquiere carta de ciudadanía en la vida y acción pastoral de la Iglesia. De hecho, se utilizó en el Concilio Vaticano II e inmediatamente es asumido en nuestro Continente Latinoamericano y fue el método usado por las Conferencias generales de Medellín y Puebla.

Durante muchos años la bondad del método y su fecundidad para la reflexión teológico pastoral y para la vida de las comunidades cristianas fue incuestionable, convirtiéndose en el método por excelencia del discernimiento cristiano y eclesial.

Pero como todos sabemos, también, en las últimas décadas empezó a ser cuestionado desde algunos sectores de la Iglesia como un método que se había secularizado, que había perdido la mirada creyente de la realidad, siendo desplazada por la visión que ofrecían únicamente las ciencias humanas. Algunos documentos invitaron a reflexionar al respecto[1] y de hecho no se usó el método en la Conferencia de Santo Domingo.

También es cierto, que el método, a raíz de estos debates, se fue enriqueciendo incorporando otros elementos como la evaluación y la celebración, y que se siguió utilizando en muchos ámbitos, reflexiones y encuentros de nuestra Iglesia. De hecho, en la Iglesia de Santiago se utilizó en su IX Sínodo y también estuvo presente en todo el proceso de preparación de la V Conferencia general. Pero precisamente en este proceso surgieron nuevos debates y el clima de comunión y participación, un verdadero acontecimiento de gracia, fue el momento oportuno para profundizar en el método y recuperarlo explicitando su especificidad cristiana.

A través de estas líneas quisiéramos mostrar sencillamente el aporte que hace Aparecida al método ver-juzgar-actuar, con la convicción de que nos ofrece un método integral de discernimiento cristiano, que nos puede ayudar a vivir con mayor intensidad y fecundidad nuestra vida personal y pastoral como discípulos misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan Vida.

Vamos a tener muy presente en esta reflexión el artículo de Mons. Andrés Stanovnik, responsable de la metodología de la V Conferencia, que se titula: "El método ver-juzgar-actuar en Aparecida"[2], cuya lectura recomendamos ampliamente.

---

[1] Cf. Las Instrucciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe, "Libertatis nuntius" (1984) y "Libertatis conscientia" (1987).

[2] En la obra del CELAM, "Testigos de Aparecida" vol. II, Bogotá 2008, 103-135.

2. La aportación de Aparecida

2.1. Lo acontecido en el camino

Como ya señalábamos, todo el largo periodo de preparación de la V Conferencia y su realización concreta se vivieron en un espíritu de discernimiento comunitario y de amplia participación. Todos nuestros Pastores empezaron "viendo" el camino recorrido desde la anterior Conferencia y los cambios que ha experimentado nuestro mundo, para intentar descubrir los nuevos y futuros desafíos. Pero después, cuando se reúnen en comisiones, todos concluyen que el tema de la V Conferencia tenía que ser el discipulado.

> "No fue una deducción a partir de los grandes desafíos que surgieron de una situación muy diferente de la vivida en la Conferencia de Puebla, sino más bien una intuición profética. El acento estaba decididamente colocado sobre el sujeto[3]. Éste debía profundizar su experiencia de encuentro con el Señor, reconstruir su identidad de discípulo, insertarse en la comunidad eclesial y renovar su impulso misionero, para responder a los grandes desafíos del tiempo presente. La necesidad de 'llegar con profundidad a la persona que se encuentra con el Señor' hace referencia a ese 'contenido existencial', esa 'experiencia primera' sin la cual no es posible dar ningún paso en el camino cristiano. Se trata de recrear la experiencia de Dios que nos amó primero, de dejarse reconciliar por él y de ser evangelizados de nuevo"[4].

Desde de la experiencia de comunión y esta intuición profética, nuestros Pastores toman conciencia y expresan la importancia de la fe como presupuesto del método, de que hay un contenido que precede al método, que es anterior y más grande, y que lo hace original y único. Más adelante, en Aparecida el Papa Benedicto nos dirá: "Dios es la realidad fundante. No un Dios sólo pensado o hipotético, sino el Dios de rostro humano; es el Dios-con-nosotros, es el Dios del amor hasta la cruz"[5].

Animados, quizás, por esta experiencia e intuición nuestro Pastores elaboran el Documento de Participación centrándose prioritaria y ampliamente en el "sujeto", en nuestra identidad de discípulos y misioneros de Jesucristo, para "ver" después los desafíos que nos presenta la realidad y buscar los caminos para "actuar". "En realidad, no se habían seguido los pasos del método ver-juzgar-actuar, porque el primer paso lo absorbió la preocupación sobre la idoneidad del sujeto que mira la realidad"[6].

Este hecho despertó de nuevo la polémica, con características de sospecha, por la preocupación de que se cayera en un análisis de la realidad espiritualista, que no contemplara las situaciones de pobreza e inequidad de nuestros pueblos, y fueron muchas las voces que se alzaron pidiendo la recuperación del método ver-juzgar-actuar.

Polémica que se convirtió en una oportunidad para profundizar y especificar el método, gracias a la escucha y al diálogo, al espíritu de comunión y participación de todos.

---

[3] "Mientras mantenemos las grandes metas de las Conferencias Generales anteriores con relación a la Nueva Evangelización, vemos necesario dar un paso más y llegar con profundidad a la persona que se encuentra con el Señor, **llegar al sujeto que responderá a los grandes desafíos de nuestro tiempo**. El término discípulo, de gran riqueza bíblica, nos abre el camino evangélico y eclesial para llegar a ese sujeto que se encuentra con Jesucristo vivo" (*Documento de Participación*, n. 44).

[4] Mons. Stanovnik, 113-114.

[5] DI, 3.

[6] Mons. Stanovnik, 116.

2.2. El Documento de Síntesis de las Aportaciones

A estas alturas del camino, la reflexión sobre el método empieza a tener una relevancia especial, y más específicamente la comprensión de su primer momento, el ver, que obviamente puede condicionar y especificar todo lo demás.

En medio de la polémica, los diálogos y la reflexión, la comisión que recoge las aportaciones de todas las Iglesias de nuestro Continente para elaborar una síntesis logra dar un paso importante acogiendo el método y la intuición profética, dándole incluso una dimensión trinitaria al método.

Transcribimos a continuación los números de este Documento por su importancia y porque al ser transitorio no ha sido muy divulgado y conocido[7].

> **"Este documento continúa la práctica del método "ver, juzgar y actuar**", utilizado en anteriores Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano. Muchas voces venidas de todo el Continente ofrecieron aportes y sugerencias en tal sentido, afirmando que este método ha colaborado a vivir más intensamente nuestra vocación y misión en la Iglesia, ha enriquecido el trabajo teológico y pastoral, y en general ha motivado a asumir nuestras responsabilidades ante las situaciones concretas de nuestro continente.
>
> **Este método nos permite articular, de modo sistemático, la perspectiva creyente de ver la realidad;** la asunción de criterios que provienen de la fe y de la razón para su discernimiento y valoración con simpatía crítica; y, en consecuencia, la proyección del actuar como discípulos misioneros de Jesucristo. La adhesión creyente, gozosa y confiada en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y la inserción eclesial, son presupuestos indispensables que garantizan la pertinencia de este método.
>
> **Podemos decir que el "ver" de nuestro método está más inmediatamente vinculado a Dios Padre.** Queremos ver siempre la realidad a la luz de su proyecto amoroso, manifestado en la creación y en la re-creación en su Hijo, Jesús. La "mirada" y la voluntad salvíficas del Padre buscan siempre sembrar y hacer crecer la vida, como asimismo defender la vida amenazada y resucitarla en la fuerza del Espíritu de su Hijo.
>
> El paso siguiente del método corresponde al momento del "juzgar**". El Verbo, Cabeza de la Creación y del mundo redimido, y el misterio de la Iglesia son la medida para valorar la realidad.** Esto quiere decir que Jesucristo es irreductible a una mera teoría, a una mera ética o a un mero proyecto de desarrollo humano o social. Gracias a que nada ni nadie lo puede sustituir es que podemos proclamar con seguridad que él es el Señor de la vida y de la historia, vencedor del misterio de iniquidad y acontecimiento salvífico que nos hace capaces de emitir un juicio verdadero sobre la realidad, que salvaguarde la dignidad de las personas y de los pueblos.
>
> El último paso es el momento del "actuar". **Para el creyente, el Espíritu Santo nos impulsa a actuar y nos señala los rumbos del querer de Dios**, expresados en líneas dinamizadoras coherentes con los clamores de nuestros pueblos y con la caridad de Cristo que nos apremia.
>
> **La experiencia viva de la fe** alimentada por la tradición y la comunión en la Iglesia católica, **fundamento imprescindible de este método**, ayuda a ampliar y profundizar la inteligencia de la realidad y el discernimiento de las situaciones, mientras nos exige saber dar razones de la esperanza que nos anima y nos confiere la audacia y sabiduría para actuar en bien de las personas y los pueblos. Las certezas de la fe saben acoger todos los signos de verdad, bien y belleza que se manifiestan en nuestra convivencia, más allá de todos los confines y pertenencias asociativas. Desde esta perspectiva, queremos contribuir,

[7] Síntesis de los aportes recibidos para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano CELAM, Bogotá 2007, 34-39.

junto con muchos hombres y mujeres, a la búsqueda de las respuestas que demanda el actual momento histórico".

2.3. La opción y aportación de Aparecida

Como ya sabemos, el Documento de Síntesis no fue, como sucede en otros encuentros, el documento de trabajo de la V Conferencia, sino que la propia asamblea decidió su metodología de trabajo, la elaboración de un documento conclusivo y la forma de elaborarlo. Pues bien, llegado el momento de configurar el documento conclusivo se volvió a plantear el tema del método, pidiendo que el actual capítulo segundo: "Mirada de los discípulos misioneros sobre la realidad", ocupará el primer lugar, para recuperar el método ver-juzgar-actuar sin más, y el primer capítulo sobre "Los discípulos misioneros" (con sus significativos apartados) se trasladara a otro lugar.

Preferimos escuchar ahora el testimonio de Mons. Stanovnik de lo que ocurrió en ese momento y su interpretación de lo acontecido.

> "El presidente de la comisión de redacción explicó las razones que tuvo la comisión para ubicar en ese lugar, antes del "ver", la evocación de nuestra vocación de discípulos misioneros, que viven en acción de gracias a Dios, con la alegría propia de su vocación, y conscientes de la misión evangelizadora de la Iglesia. Recordó que nuestra visión de la realidad nunca es 'aséptica', ya que nosotros la miramos como discípulos misioneros. Explicó, además, que es propio de nuestra espiritualidad cristiana, como emerge en las epístolas apostólicas, comenzar nuestras tareas e iniciar cada día dando gracias a Dios.
> Vino la votación. El 75% de los votantes quiso que la conciencia de ser discípulos misioneros y la gratitud por serlo fuera lo primero a la hora de "ver" la realidad. Invitaron así a mirar el mundo y la Iglesia en que vivimos, con ese ánimo y desde esa perspectiva: desde la razón iluminada por la fe, es decir, conscientes de nuestra vocación de discípulos misioneros de Jesucristo y con alegría, ya que el corazón está sobrecogido por la gratitud…
> Esta votación reflejaba la conciencia que tenía una mayoría cualificada de votantes sobre la necesidad de confesar explícitamente la alegría de ser cristianos, es decir, poner de manifiesto aquella adhesión creyente, gozosa y confiada en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y la inserción eclesial, como presupuestos indispensables que garanticen la eficacia de este método y asegurasen la visión cristiana de la realidad"[8].

Y así lo expresa el número 19 del Documento de Aparecida, que recoge fundamentalmente la reflexión y la aportación del Documento de síntesis, asumiendo el método ver-juzgar-actuar con su especificidad cristiana.

Por esta razón, nuestros Pastores comienzan con un reconocimiento y afirmación agradecida y gozosa del don de la fe, de la identidad, vocación y misión del cristiano (cap. 1), para continuar con la mirada de los discípulos misioneros de Jesucristo sobre la realidad (cap. 2), confirmando que se trata de una mirada creyente, lo que asegura la visión de fe de los pasos siguientes y recupera y especifica el valor cristiano del método.

Esta es, a nuestro modo de ver, la opción y aportación de Aparecida que fundamenta el método ver-juzgar-actuar en el contenido existencial del sujeto que lo realiza, como un presupuesto que condiciona e ilumina la mirada, la interpretación y la acción. Esta precomprensión del sujeto es la que además especifica con objetividad y honestidad su discernimiento. No hay ninguna mirada neutra, y cualquier mirada implica una interpretación que el sujeto realiza desde su propio bagaje existencial, y eso es lo que él puede aportar.

[8] Mons. Stanovnik, 123-124.

El cristiano es un sujeto que ha recibido con gratitud y asombro el don del encuentro con Jesucristo que ha llenado su vida de sentido. Y en el encuentro con Él ha conocido el rostro de Dios como Padre y su proyecto para la humanidad y la creación entera. Desde esta experiencia fundamental el discípulo y la comunidad de Jesús miran y se interpretan a sí mismos y a la realidad, y aportan con honestidad la visión específicamente cristiana a la sociedad, la que solamente ellos pueden dar, abiertos al diálogo y la colaboración para encontrar todos los caminos que ayuden para realizar el proyecto del Reino de Dios, de una vida justa, digna y plena para todos.

De esta manera Aparecida enriquece y especifica el método ver-juzgar-actuar y nos lo propone como el método de discernimiento cristiano que, por una parte, recoge elementos como la iluminación, la evaluación y la celebración que ya estábamos incorporando, pero por otra parte incorpora otros que nos conectan con los orígenes del cristianismo y con la experiencia de los grandes maestros de la vida espiritual.

3. El método de discernimiento cristiano a la luz de Aparecida

Tratemos, pues, de recoger, comentar y concretar los elementos y los pasos del método de discernimiento cristiano (que incluye el ver-juzgar-actuar) que nos ofrece Aparecida, con la esperanza de que nos puedan ayudar en nuestra vida personal y en nuestro servicio pastoral.

3.1. La memoria agradecida

Después de todo lo que hemos comentado, es evidente que el primer y fundamental paso que nos propone Aparecida es el reconocimiento agradecido del don de la fe y de nuestra identidad cristiana. El inmenso regalo del encuentro con Jesucristo, que nos ha llamado a vivir con Él, nos ha revelado el Amor y el proyecto del Padre para nosotros, nos ha entregado su vida y el don del Espíritu, para salvarnos y divinizarnos, haciéndonos su familia y llenando así nuestra vida de plenitud y de sentido.

Iniciamos el discernimiento haciendo “memoria”, renovando la conciencia de la presencia y actuación del Espíritu de Dios en nosotros que nos ha amado desde toda la eternidad, nos ha dado la vida y su Vida en su Hijo por el Espíritu.

Y desde esta conciencia, proclamamos con asombro y gratitud la grandeza de nuestro Dios y nos colocamos delante de Él y del mundo adorándolo en espíritu y en verdad, contemplando su revelación en Jesucristo y agradeciendo su acción en nosotros y en la vida de los hombres.

Expresamos, así, con agradecimiento nuestra identidad más profunda, nuestro ser de cristianos, y alabamos a nuestro Dios, sintiéndonos sus hijos, al estilo de Jesús: “Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y se las has dado a conocer a los sencillos” (Lc 10,21). Y le adoramos, contemplando y agradeciendo su obra con María: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador; porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí; su nombre es Santo…” (Lc 1,46-49).

Esta “memoria agradecida” está siempre presente en las cartas de San Pablo y para Ignacio de Loyola es la llave para entrar en el discernimiento: el primer punto, es dar gracias a Dios por los beneficios recibidos, que son la creación, la redención y los dones particulares; o sea, la vida, el encuentro con Jesús y la gracia personal con la que vivimos la vida y el seguimiento[9].

[9] Cf. San Ignacio de Loyola, Ejercicios, 43 y 234.

Ya el Papa Benedicto XVI, en coherencia con la afirmación de que Dios es la realidad fundante, había señalado que "antes que cualquier actividad y que cualquier cambio del mundo, debe estar la adoración. Sólo ella nos hace verdaderamente libres, sólo ella nos da los criterios para nuestra acción. Precisamente –concluye constatando que en un mundo, en el que progresivamente se van perdiendo los criterios de orientación y existe el peligro de que cada uno se convierta en su propio criterio, es fundamental subrayar la adoración"[10].

El método de ver-juzgar-actuar, que ya se había complementado con el iluminar, evaluar y celebrar, ahora se enriquece con el adorar, contemplar y agradecer en el Espíritu, en actitud de verdaderos adoradores del Padre en espíritu y en verdad (cf. Jn 4,23).

Pero atención, la memoria agradecida, en adoración y contemplación, no es solamente el primer momento del proceso, como si fuera una especie de preámbulo después del cual se pasa a otra cosa, sino que es una actitud permanente que acompaña todo el proceso de discernimiento. El cristiano mira la realidad, la interpreta y actúa desde la adoración, la contemplación y la alabanza agradecida.

3.2. La mirada del discípulo sobre la realidad

Ahora, desde y con la memoria agradecida, el discípulo mira la realidad, ayudado por todas las ciencias humanas, pero la mira con el Maestro, que ve la realidad con los ojos y el corazón del Padre, desde su identidad de Hijo, cuyo alimento es hacer siempre su voluntad y llevar a cabo su obra.

Nosotros, los discípulos de Jesús, queremos ver e interpretar la realidad contemplando al Maestro y analizándola con la mirada del Padre y a la luz de su proyecto amoroso que nos ha revelado en la creación, en la historia y en la persona de Jesucristo: la salvación y divinización de todo hombre y mujer, la vida plena para todos, la transformación del mundo en el Reino, la familia de Dios.

Nuestra mirada no es, pues, neutra y mucho menos indiferente. Sintiéndonos hijos en el Hijo queremos mirar la realidad con los ojos del Padre y desde su proyecto de vida digna, plena y eterna para todos sus hijos y hermanos nuestros, como lo hizo Jesús y como lo quiere seguir haciendo con nosotros, que somos su Cuerpo, la Iglesia.

Y aquí tenemos que considerar y asumir otro elemento esencial del discernimiento cristiano: su dimensión comunitaria y eclesial. "La vocación al discipulado misionero es con-vocación a la comunión en su Iglesia. No hay discipulado sin comunión"[11]. Somos un Cuerpo animados por un mismo y único Espíritu. Nuestra mirada y todo el proceso de discernimiento debe ser acompañado, iluminado, confrontado y retroalimentado por los hermanos, por la comunidad, por la Iglesia, hasta que podamos llegar a decir, al final del proceso "El Espíritu Santo y nosotros hemos decidido…" (Hch 15,28).

En la mirada creyente de la realidad, desde nuestra identidad de discípulos, con el Maestro y con los ojos y desde el proyecto del Padre, trataremos de contemplar, escuchar y conocer en profundidad lo que acontece en nuestra propia vida, en la de nuestros hermanos y en el mundo. Y al mirar la realidad así, la vamos interpretando intentando descubrir lo que está y no está de acuerdo con el proyecto de Dios.

Así vamos mirando, analizando, interpretando la realidad con nuestro Maestro y con los hermanos y nos introducimos casi naturalmente en el siguiente paso del proceso.

---

[10] Benedicto XVI, Discurso a miembros de la Curia Romana, 22 de diciembre de 2005.
[11] DA, 156.

3.3. Interpretamos y juzgamos desde el Evangelio de Jesucristo

Las realidades que hemos ido observando con nuestra mirada creyente de la realidad, las queremos ahora interpretar y valorar desde la iluminación de la Palabra de Dios. Analizamos en profundidad los fenómenos, acontecimientos o actitudes que hemos constatado, tratando de descubrir sus causas, mecanismos e implicaciones, para tratar de llegar a emitir un juicio de valoración.

Pero aquí, de nuevo, el criterio que ilumina y fundamenta nuestro juicio es la persona y la vida de Jesucristo y el proyecto del Padre que Él nos ha revelado, y que nos recuerda el Espíritu (cf. Jn 14,6). Nuestra medida para valorar la realidad no es una forma de pensar, ni una ética, ni ningún tipo de proyecto social, ni mucho menos unos determinados intereses o la moda del momento. Nuestra medida es Jesucristo, el Evangelio del Padre, nuestro Salvador y Señor.

Los discípulos, contemplando al Maestro, teniendo como referencia su Palabra y su Vida, e implorando la acción de su Espíritu, intentamos descubrir los signos de la presencia y la actuación bondadosa de Dios en nuestra vida y en la historia, expresando nuestra alabanza y reconocimiento agradecido, disponiéndonos a secundar humildemente su actuación salvífica. Pero también, vamos descubriendo y señalando los signos y las realidades que son contrarias a su proyecto de Vida.

Nos encontramos, pues, en el momento central del proceso, donde tratamos de discernir, desde nuestra mirada creyente y con la medida de Cristo, lo que el Espíritu de Dios va haciendo y quiere de nosotros, y lo que es contrario a su proyecto de salvación y de vida. Y las dos cosas son importantes para decidir y orientar nuestro actuar.

> "Toda iniciativa y todo plan pastoral en la Iglesia ha de tener presente la acción del Espíritu Santo. Nosotros colaboramos con él. Por eso, no basta con constatar carencias y deducir de ellas nuevas intervenciones pastorales. **Aun antes de elaborar nuevos planes pastorales, es necesario contemplar y discernir las iniciativas que ya ha tomado o está tomando el Espíritu Santo.** Éste es el primer imperativo de todo plan y de toda pedagogía pastoral… El bautizado, cuando piensa en su acción evangelizadora, debe tener la confianza de que no parte de cero. Alguien, el Espíritu Santo, ya trabajaba antes que él y lo invita a colaborar con él, tomando como punto de partida la vida y las iniciativas que ya existen y que esperan aliento, apoyo, conducción e integración para ser plenamente fecundas y dar todos sus frutos"[12].

De hecho, esta es la principal y primera tarea: contemplar y discernir la obra que ha ido y sigue realizando el Espíritu Santo en nosotros, en nuestra comunidad y en la sociedad, para colaborar con Él y secundar su actuación. Y de ahí la importancia de la memoria agradecida y de la mirada creyente de la realidad, porque para el cristiano buscar responder a la pregunta clave del discernimiento: ¿qué quiere Dios de mí o de nosotros?, no significa adivinar el futuro, sino descubrir la acción de Dios en nuestro pasado y presente, para poner nuestra vida en sintonía con lo que Él ha ido y está haciendo en nosotros.

Sin duda, esta escucha contemplativa y valorativa nos iluminará para descubrir los caminos a seguir para secundar la acción del Espíritu y realizar nuestra vocación cristiana hoy, con lo que puede implicar de conversión, de adecuación de nuestra vida al proyecto de Dios revelado en Cristo; de anuncio y colaboración con dicho proyecto; y de denuncia y transformación de todo lo que es contrario al proyecto del Reino de Vida.

Pero antes de pasar a las decisiones y a la acción nos tenemos que hacer una última pregunta que de nuevo nos remite a Jesucristo y al proyecto del Padre: ¿los caminos que vamos intuyendo

[12] Síntesis de los aportes recibidos para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano CELAM, Bogotá 2007, 317.

están fundamentados en el amor y son generadores de vida? O sea, los tenemos que confrontar con el criterio que el mismo Jesús nos ha dado: el amor y la vida (cf. Jn 13,35 y Mt 25,40).

Como podemos fácilmente constatar, nos siguen acompañando las actitudes de adoración, contemplación, alabanza y agradecimiento, envueltas en un clima de oración, de comunicación y comunión con Dios, que también empieza a adquirir una expresión de ofrenda y de súplica de perdón (quizás) y de ayuda de la gracia (siempre).

Y así también vamos entrando naturalmente en el siguiente momento de nuestro permanente caminar como discípulos misioneros de Jesucristo en el anhelo de responder a su llamado a la santidad.

3.4. Actuamos como discípulos de Jesucristo en su Espíritu

Desde lo que hemos vivido en este proceso de contemplación y de discernimiento, hacemos nuestros los impulsos del Espíritu, que consideramos nos muestran la voluntad de Dios, y tomamos las decisiones adecuadas para secundar su acción en y con nuestra vida.

Pero aquí también nuestra referencia como discípulos sigue siendo el Maestro y por ello nuestro actuar no puede ser prepotente, agresivo ni excluyente; queremos actuar al estilo y con las actitudes de Jesús, que no vino “a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos” (Mt 20,28), “para que todos tengan vida y vida en abundancia” (Jn 10,10).

Tendremos, pues, que ir revisando, evaluando y confrontando nuestra actuación con el criterio de verificación que nos dejó Jesús para constatar la autenticidad de nuestra vida cristiana: el amor y la vida, como apuntamos con anterioridad.

Nuestro compromiso en la acción tiene que ser serio y constante, poniendo toda nuestra voluntad y lo mejor de nosotros mismos. Igualmente, tendremos que evaluar con seriedad y rigor la coherencia y eficacia de nuestro actuar, la consecución o no de las metas propuestas, lo que ha acontecido y hemos aprendido por el camino.

También este momento el discípulo de Jesús lo vive desde la adoración y la contemplación, escuchando, reconociendo y celebrando lo que el Espíritu ha ido haciendo en nosotros y con nosotros, expresando con alegría la alabanza y la gratitud que brota espontáneamente del corazón, en actitud de adoración.

Pero sin duda en el caminar también habremos escuchado y descubierto nuevos signos de la acción del Espíritu y nuevas realidades contrarias al Reino, en nosotros mismos y en la vida de los hermanos y de la sociedad, que se convierten en nuevas llamadas de Dios que interpelan nuestra vida.

4. Vivir en discernimiento animados por el Espíritu

Nuestro proceso de discernimiento no termina, pues, con el actuar y ni siquiera tampoco con evaluar y celebrar, sino que continúa en un movimiento circular que nos lleva de nuevo a la memoria agradecida, como en una especie de espiral que, pasando por los mismos puntos, va avanzando en profundidad hacia nuestro encuentro con el Padre, en el Hijo, por el Espíritu.

Como dice San Pablo, la vida del cristiano es “una vida en el Espíritu” (cf. Rm 8); una vida en permanente discernimiento animados por el Espíritu. Y esto es lo que nos recuerda Aparecida al fundamentar el método ver-juzgar-actuar en el contenido existencial cristiano del sujeto creyente que discierne.

El cristiano, agraciado por el don de la fe, fundamenta su existencia en Dios y en el plan que nos ha revelado en su Hijo Jesucristo. Así, desde una actitud de reconocimiento y adoración, agradecido por el don recibido, abre su vida a la acción del Espíritu, para secundar su proyecto de transformarnos en Cristo y construir el Reino de Dios.

Y por ello toda nuestra vida es una hermosa aventura de discernimiento, de búsqueda y realización de la voluntad de Dios. Este es, como dice San Pablo, el verdadero culto espiritual del cristiano, que incluye la ofrenda y la entrega de la vida a Dios (cf. Rm 12,1-2).

Por eso el cristiano vive en la adoración, la alabanza y la acción de gracias; mira la realidad de su vida y la del mundo con Jesús y desde el proyecto del Padre, la interpreta desde la vida de Jesús, en quien contempla la plena realización de dicho proyecto, y se deja conducir por su Espíritu para colaborar con Él, con humildad, gratitud y alegría, desde el anuncio, la denuncia y la entrega de su vida, en la destrucción de todas las estructuras de muerte y en la construcción del Reino de Vida plena para todos.

Así pues, efectivamente, "el método ver-juzgar-actuar será un instrumento útil a nuestras comunidades y colaborará en vivir más intensamente nuestra vocación y misión en la Iglesia, en la medida que nos ayude a ver a Dios, a dejarnos iluminar por Él, y actuar en Él que hace nuevas todas las cosas"[13].

Acogemos la invitación del Papa a ponernos "en la escuela de María"[14], y reconociendo en Ella "la máxima realización de la existencia cristiana y a la discípula más perfecta del Señor"[15], le pedimos que nos enseñe a escuchar y acoger siempre la voluntad de Dios, a guardar y meditar la Palabra en el corazón, a vivirnos en el Magnificat poniendo nuestra vida al servicio del Reino, a ser buenos discípulos misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos en Él tengan Vida.

---

[13] Mons. Stanovnik, 135.

[14] Benedicto XVI, Discurso al final del rezo del Santo Rosario en el Santuario de Nuestra Señora de Aparecida, 12 de mayo de 2007. Cf. DA, 270.

[15] Cf. DA, 266.